CAPITULO VIII.

SEXTO DIA.

CREACION DE LOS ANIMALES Y DEL HOMBRE.

Despues de todo lo que antecede y de la estricta conformidad que hemos encontrado entre las palabras del Texto Sagrado y los hechos comprobados por la ciencia profana, poco debería decir respecto del sexto y último dia, sien él no apareciera, despues de todos los animales terrestres, la especie humanä, única ràcional, y que viene á ser cómo el complemento y mira objetiva de la creacion; pues no sólo la termina, sino que viene á enlazar sus diversas partes y ligarlas con el mundo espiritual.

Dice la escritura: *Dixit quoque Deus: Producat; terra animam viventem in genere suo, jumenta et reptilia et bestias terræ secundum species suas. Fac-*

tumque est ita, Dijo tambien Dios: Produzca la tierra ánimä viviente en su género, bestias y reptiles y animales de la tierra segun sus especies. Y fué hecho así. Fueron, pues, creados todos los animales de la tierra: es decir, segun el modismo adoptado por Moisés, aquellas especies que viven sobre ella, y ni son acuáticas, ni se elevan por los aires. En esto está la Paleontología enteramente de acuerdo con el Sagrado Texto. En efecto, los animales de respiracion aérea vienen apareciendo en las formaciones Cenozóicas. Sucesivamente se presentan en ella multitud de especies, que unas han desaparecido por completo, otras han degenerado y otras viven actualmente, aunque no tal vez en donde ántes vivieron. Aparecen unos en pos de otros los Pächidermos, los Cheiropteros, los Roedores, etc., hasta venir á parar en los Rumiantes que son los dominantes en la época presente. No hay por consiguiente diferencia alguna que señalar en ésto, si no es la ausencia de toda clasificacion científica por parte de la Escritura como era de esperarse en un libro como ese.

No sucede lo propio respecto de la creacion del hombre. Moisés parte de él para principiar su cronología. Hasta la época en que aparece el hombre, no ha dicho una sola pàlabra por donde pueda calcularse el tiempo trascurrido; pero en el momento en que Adan, despues de haber sido arrojado del paraíso, comienza la vida de trabajo impuesta como pena de su culpa, las épocas se fijan, se cuentan los años y es posible formar cálculos siquiera aproximados

del tiempo trascurrido. Verdad es que no se pueden fijar estas épocas de una manera absoluta, ni la de la primera aparicion del hombre, porque no existe en la Escritura una Cronología propiamente dicha, pero al ménos pueden establecerse máximas probables y tener una idea aproximada de ella.

Ya en el siglo pasado, desde el momento en que las ciencias naturales comenzaron á entrar en el carril racionalista, se intentó oponer á cronología bíblica otra basada en las tradiciones de los pueblos antiguos. Sucesivamente vinieron los chinos, los indios, los persas, los egipcios y en general todos los que podian suministrar, en sus legendarias tradiciones, algun pié para contradecir á Moisés, á servir de base para establecer diversas cronologías que un exámen ménos superficial y mejor cimentado, debia desbaratar por completo, cuando pudieron ser visitados los países en donde vivieron esos pueblos. Las tradiciones expurgadas del cúmulo de errores, que los mitos arrojáron sobre la verdad, en los tiempos remotos, vinieron á reducirse á números más modestos y mucho más exactos, cesando el conflicto con la historia mosáica. Mas no por eso acabaron las contradicciones; que es sino de la verdad en este mundo, estar en perpétua lucha con el error, y éste como Proteo no hace más que cambiar de forma y de nombre, cuando se siente vencido. A la Historia sucedieron la Arqueología y la Geología, y los hechos observados en las capas últimas de la tierra son hoy el grande argumento con que se pretende derribar la

fé en la Revelacion.—En diversas épocas se han hallado entre las arenas y casquijos de los periodos, llamados por algunos geólogos *Diluvium* y por Lyell y sus discípulos Post-Plioceno y Reciente, algunas piedras Silíceas en forma de hachas, cuchillos, lanzas y otros instrumentos, que se han clasificado como procedentes de la fabricacion humana. Primeramente fueron encontradas éstas en 1774, en las cavernas de Gaylenreuth en Franconia, y junto con ellas se halló un esqueleto humano. Posteriormente se hicieron nuevas excavaciones con resultados semejantes en varias cavernas y brechas fosilíferas de Francia, Bélgica, Inglaterra, y otros muchos paises, que todas ellas atestiguaban la presencia del hombre en union de animales, en parte carnívoros, de la fauna diluvial. Estos hallazgos y las suposiciones á que daban lugar, fueron en un principio desechados por los sábios, que no les dieron ninguna importancia, en razon á que, sabiéndose por tradicion que los primeros moradores del globo habian sido trogloditas, no debia extrañarse su presencia en las cavernas.

Pero llegó el tiempo en que, no ya en las cuevas, en donde la presencia de los trogloditas era natural, sino en el aluvion ó Loess del Rhin, se halló al hombre entre los restos del Elefante Primigenio, del Rinoceronte Ticorino, del Buey Prisco y de otras especies perdidas; en que Boucher de Perthes, en 1847, presentó como pruebas para él evidentes de la presencia del hombre en el periodo Post-Plioceno, una mul-

titud de sílices labrados, restos de los animales ántes referidos, una quijada y parte de un cráneo humanos; en que, por último, el abate Bourgeois, en 1872, encontró gran cantidad de sílices en un terreno clasificado como terciario, en Thenay, cerca de Pontlevoy, y la cuestion volvió á surgir con más fuerza, levantándose de nuevo los adversarios de la Escritura, para acusarla de error.

Careceria todo esto de importancia para el exegeta si no viniera uniéndose con varias hipótesis científicas, que por un lado hacen subir los períodos llamados Paleolítico y Neolítico de la edad de piedra á fechas anteriores á las que razonablemente pueden computarse segun la Biblia, y que por el otro conceden á las formaciones Post-Pliocenas una antigüedad remotísima, inconciliable con toda cronología. La incredulidad halló aquí, en su concepto, un apoyo tanto más firme, cuanto que los cómputos hechos del tiempo trascurrido en la formacion de estas capas, no habian encontrado oposicion por parte de los defensores de Moisés, que los habian admitido sin repugnancia. Verdad es que se presentaban como muy anteriores á la aparicion de la raza humana, y que en realidad no se habian examinado con la suficiente atencion para poder calificarlos convenientemente; pero aún así el argumento sacado de los descubrimientos hechos, era de grave peso y equivalia al trastorno completo de toda la cronología bíblica.

Para comprender mejor esta contradiccion, es necesario tener presente que los geólogos colocan entre el aluvion moderno y las últimas capas Pliocenas, varios depósitos que algunos han dividido en dos períodos distintos. En general se componen de materiales de acarreo depositados por las aguas, ya del mar, ya de los rios, con un espesor muy variable, que puede alcanzar una potencia hasta de sesenta metros, ó algo más. Estos depósitos, que á veces se encuentran á considerable altura sobre el actual nivel del mar, contienen, además de las piedras rodadas y deterioradas por la accion del agua, otras de varias dimensiones estriadas, pulimentadas y con aristas vivas, las que por no pertenecer á las rocas cercanas han recibido el nombre de erráticas. Los restos fósiles que allí se encuentran pertenecen ora á la fauna pliocena, ora á la actual, ora á ambas, y no obstante que su altura parecería hacerlos inaccesibles á las aguas del mar, suelen hallarse en ellos conchas marinas.

Los Geólogos se valen de los restos fósiles encontrados en los terrenos para clasificarlos, de preferencia á su aspecto físico, ó su composicion química. La razon de este modo de proceder es que, habiendo capas de épocas diferentes de igual aspecto y composicion, éstos no pueden servir como caracteres seguros para esa determinacion, y los errores cometidos al válerse de ellos, han servido de leccion para procurar evitarlos en lo succesivo. Entre los restos fósiles son por lo regular preferidas las conchas, tanto porque son las que mejor conservan su forma y caracteres, cuanto porque están menos expuestas á variar de lugar y dan á conocer mejor

la localidad en que se hallan. Pero cuando éstas no bastan, tambien se echa mano de los demás organismos existentes. En los terrenos de que venimos hablando, se encuentran en unas partes conchas y mamíferos que todos pertenecen á especies hoy vivas y en otras algunas especies anteriores ya extinguidas. Esta diferencia ha conducido á los Geólogos á dividir estas capas en dos partes, considerando que las que contienen huesos de animales ya extinguidos, como el Elefante Primogenio, el Rinoceronte Tichorino, el Oso de las cavernas, etc.... son las más antiguas.

La division por tanto de estos terrenos no se funda precisamente en que se encuentren siempre en la posicion conveniente para ello, ni en que sean de diferente clase en cuanto á su composicion, sino simplemente en el hecho de que no contienen los mismos fósiles. A tal estremo llevan algunos el sistema, que basta una muela de Mamouth, ó un colmillo de Oso, para que declaren el terreno como del primer período, aun cuando por su aspecto y demás circunstancias pareciera más bien ser del segundo.

Además de todo esto se ven en estas formaciones algunas rocas, situadas en puntos inaccesibles al mar y aun á las corrientes de agua dulce, pulidas, estriadas y desgastadas de un modo á veces muy raro, que no se explica bien por el paso del agua y que se asemeja á lo que las de los Alpes y de otras cordilleras tienen que sufrir por el paso de los rios de hielo ó ventisqueros. La presencia de estos fenómenos viene acompañada comunmente de grandes erráticas, trasportadas á distancias que, en algunos casos, llegan á 1000 ó 1500 kilómetros del punto en donde se encuentra la roca madre que las produjo.

Estos fenómenos han dado lugar á que se haya introducido otro periodo, el Glacial, que viene á colocar tres formaciones distintas entre el Plioceno y el actual. Al presentarse, por tanto, restos de la industria humana sobre las capas Pliocenas, surge la cuestion de tiempo y á una voz declaran todos que los 6 ó 7 millares de años que concede Moisés para todas estas formaciones, no bastan para explicarlas satisfactoriamente, necesitándose muchos siglos para dejar bien puestas las especulaciones de la ciencia y las teorías inducidas de los hechos.

Como en realidad se presentan aquí dos clases de objeciones, una fundada en la Arqueología y la Historia, y otra en la Geología, voy á ocuparme separadamente de ambas.